

se en salvo, porque cuentan los árabes que su corcel favorito (1) fué hallado medio hundido en el cieno del río con su silla de oro y rubíes, y á su lado una sandalia del rey adornada de rubíes y esmeraldas, sin que fuese posible encontrar la compañera (2).

Fué tan grande el número de los godos que perecieron en la batalla, que por muchos años estuvieron sus huesos blanqueando aquellos campos. Así acabó el 26 de Julio del año 711 aquella gran monarquía visigoda, que dilatándose primero desde el Ródano, y luego desde el Pirineo, hasta el Estrecho de Hércules, dió á Europa por espacio de dos siglos el espectáculo deslumbrador de una civilización cual no la había conocido el mundo desde la caída del Imperio romano: Entre los nombres de esta época fatal, suena el de cierto arzobispo de Toledo intruso como uno de los mas execrands de la historia de España. El tristemente célebre D. Oppas es quizás el personaje mas odioso de nuestra patria: mucho ganaría nuestra historia si llegára á probar que es un personaje quimérico como se ha supuesto y en el día se pretende (3).

(1) La crónica de D. Rodrigo dá ciertos pormenores que no se encuentran en los escritores árabes, y que parecen inventados sin que sea ya hoy dable rastrear su origen. Del caballo del rey dice que se llamaba *Orelia: equus qui Orelia dicehatur*. (*De Reb. Hisp.*, lib. III, cap. 23).

(2) Acerca del paradero del rey Rodrigo corren en nuestras historias especies evidentemente falsas aunque muy novelescas. Isidoro de Beja y el continuador del *Biclarense*, únicos contemporáneos de aquel hecho, dicen sencillamente que murió en la batalla, y esto en cierto modo no está en contradicción con la narración que hemos tomado de los varios autores árabes que compiló Almakári. Pero en el siglo XI empezó á introducirse la fábula, piadosa sin duda pero destituida de fundamento, de que D. Rodrigo se salvó de la derrota y huyó á Portugal, donde pasó el resto de su vida en la oración y la penitencia. A los autores de esta especie sirvió de fundamento la noticia dada en el siglo X por el obispo de Salamanca Sebastian de que en cierta Iglesia de Viséu se había descubierto en su tiempo, y había él mismo visto, una lápida sepulcral que contenía esta inscripción:

HIC. REQUIESCIT. RUDERICUS.
ULTIMUS. REX. GOTHORUM.

Desde entonces comenzó la poesía popular á apoderarse de esta leyenda, y de aquí nacieron los conocidos romances sobre la penitencia de Rodrigo, y entre ellos aquel que copió Cervantes: *Ya me comen, ya me comen*, etc.

(3) Masdeu y los que en esto le siguen suponen que lo del episcopado de D. Oppas es fábula inventada para desacreditar á Witiza. No se concibe, observa con juicio D. Vicente Lafuente, qué objeto pudieron tener los autores de los Cronicones (eclesiásticos todos ellos) en manchar la historia de España fingiendo un monstruo, intruso en la silla de Toledo por favor de Witiza su hermano (padre, según otros), traidor á su patria, desertando al campo infiel para perder á los cristianos, apóstata además, y seductor de los insurgentes en las montañas de Asturias.

Tampoco es invención el nombre de *Oppas*: este nombre suena en alguno de los historiadores árabes citados por el Sr. Gayangos en sus eruditas notas. «Almond ú Ol-

No podemos asegurar que se pasase á los infieles durante la batalla, ni siquiera que asistiese á esta; pero creemos que su existencia no puede ponerse en duda, y que si no se halló en la batalla de Guadalete, permaneció como intruso en su silla de Toledo, favorecido quizá por Tarik, hasta que, como afirma el Pacense, huyó al aproximarse Muza á la corte visigoda.

El botin que recogieron los infieles en el campo cristiano fué inmenso: solo los anillos de oro y plata que llevaban en las manos los magnates y nobles godos y la demás gente de condición libre, sumaban gran caudal. Dividió Tarik el despojo en cinco porciones: tomó una de ellas, y repartió las demás entre los nueve mil musulimes que le quedaron además de los esclavos y otros secuaces. En cuanto se esparció la fama de la gran rota y la de las riquezas recogidas por los vencedores, todas las tribus africanas se pusieron en movimiento, y armando buques de toda especie y tamaño, juntaron nuevas y poderosas huestes, que pasando el Estrecho engrosaron considerablemente el ejército de Tarik. Mientras los cristianos desamparaban despavoridos las llanuras y se refugiaban en sus fortalezas y montañas, los sarracenos avanzaban sobre Jerez (*Shiduniah*), Moron (*Moror*) y Carmona (*Karmunah*), que sucesivamente expugnaban sacando de ellas nuevos despojos y tributos, y atravesando el Corbones se pusieron sobre la antigua y poderosa Astigi (*Asijah*, hoy Écija), y estrechamente la cercaron. Estaba la ciudad bien defendida por sus fuertes pobladores y por las reliquias del ejército de Rodrigo, y prolongábase la resistencia con gran daño de los sitiadores; cuando su gobernador, hombre esforzado y sagaz, pero demasiado confiado, por salir á bañarse á la huelga del Singilis (Jenil) cayó en manos de Tarik que astutamente se metió á esperarle en el agua, con lo cual desanimados los cristianos se rindieron haciéndose tributarios. Viendo los godos tan internado en lo mas floreciente de la Bética el ejército mahometano, aumentó su desaliento, y

»mundo, hijo mayor de Witiza (dice en la nota 38, cap. V, lib. V), dejó dos hijos, el uno llamado Almatto, que se supone residió en Sevilla, el otro Obbás (Oppas) que murió en Galicia.» No puede ser este el obispo D. Oppas que segun los escritores cristianos quedó cautivo cuando murió Alkamah en la batalla de Covadonga; porque si, como queda dicho mas arriba, los hijos de Witiza eran de demasiada corta edad en 711 para tomar parte en la batalla de Guadalete, mal podia Olmundo siete años despues tener un hijo capaz de entrar en la batalla de Covadonga. Pero pudo muy bien Almond poner á su hijo segundo el nombre que habia llevado el célebre arzobispo intruso, tío suyo, hermano de su padre Witiza, y haber existido dos Oppas en vez de uno.

desparramándose en todas direcciones, buscaron unos en la aspereza de los montes, otros en la fortaleza de las ciudades principales de aquella y de las demás provincias, la seguridad que no habían sabido hallar en un supremo esfuerzo de su amortiguado patriotismo. La fusión de razas que habían querido promover los reyes y los concilios estaba aun distante de ser un hecho consumado: la masa general de la población, fuera de las grandes ciudades y de los lugares donde se había instalado la nobleza visigoda, era de hispano-romanos, cuyos intereses permanecían en cierto modo extraños á los de sus dominadores; y así las poblaciones secundarias que habían observado en actitud casi pasiva los preliminares de la gran catástrofe, y que tal vez pudieron figurarse que la invasión agarena sería una correría transitoria, no cooperaron á la difícil empresa de la resistencia como habían sabido hacerlo los indomables españoles cuando durante las guerras púnicas obedecían todos al mágico grito de independencia, sino que doblaron la cerviz al yugo mahometano como en odio al yugo visigodo, no menos deplorable bajo los últimos reyes. Cuéntase que para aumentar el terror de los vencidos, el sagaz Tarik empleó la estratagema de hacer asar y repartir entre sus tropas, en presencia de los godos cautivos, los cuerpos de sus compañeros muertos en la batalla, dando entre tanto suelta á los prisioneros, los cuales huyeron asombrados divulgando por todas partes la terrible noticia de que los sarracenos se alimentaban de carne humana (1).

Aprovechando Tarik el pánico que sus armas victoriosas habían difundido en la Bética, y siguiendo el consejo de D. Illán, dividió su ejército en varios cuerpos y se encaminó á Toledo por la vía de Jaén. Despachó á Mugueith con setecientos caballos en dirección de Córdoba; envió otra división sobre Málaga, y un tercer cuerpo camino de Elvira. Fueron tan rápidas y fructuosas sus conquistas, que todo el mediodía de España hasta el Tajo quedó en pocos meses sujeto á su autoridad. Su señor Musa Ben Nosseyr, gobernador de Africa á la sazón, no bien tuvo noticia de las riquezas allegadas por el intrépido caudillo,

(1) Trae esta anécdota el historiador Ben Kutiyáh, y la reproduce S. Pedro Pascual que escribió á principios del siglo XIV, y que como es notorio estuvo cautivo en Granada y consultó allí las narraciones arábigas. El arzobispo D. Rodrigo, un siglo antes, había también hablado del pánico que aquel hecho produjo en las poblaciones: *audientes quod gens advenerat quæ Gothorum gloriam sua multitudine superarat, et licet falso humanis vescabantur carnibus.*

envidioso de su suerte y de su gloria y temeroso de que se alzase con lo más granado de los despojos y con las mismas poblaciones sojuzgadas, le envió repetidas y severas órdenes para que no pasase adelante hasta que él le acudiese en persona con nuevas fuerzas. Tarik, cediendo á su ya excitada codicia, prosiguió sin embargo sus correrías, ganó á Toledo, se apoderó de los tesoros de la corte visigoda, y sabedor Musa de su desobediencia, juntó apresuradamente de doce á diez y ocho mil combatientes (1), y dándose á la vela en Ceuta desembarcó cerca de Algeciras; desde donde, guiado por gentes de D. Illán, tomó hácia el interior una dirección distinta de la que habían llevado Tarik y sus lugartenientes. Acompañaban al gobernador de Africa muchos árabes nobles de las más ilustres familias del Yémen y de los países conquistados por los musulmanes: entre ellos venían varios descendientes de los *tabis* ó primeros secuaces del Profeta, cuyos nombres eran venerados en toda la tierra obediente al Islam.

Condujeron á Musa con su poderoso ejército en dirección á Medinasidonia, ciudad que tomó por sorpresa dándosele á merced sus habitantes; de allí pasaron á Carmona, que, aunque ya expugnada por Tarik, había sacudido el yugo musulmita y declaróse independiente á favor de su posición inexpugnable. Para entrarla ahora se valieron los sarracenos de un engaño: los partidarios de D. Illán, fingiéndose amigos ahuyentados por el furor de los infieles, imploraron de los habitantes ser guarecidos en sus muros, y llegada la noche abrieron las puertas á los soldados de Musa. De aquí pasaron á Sevilla (Yshbiliah), la mayor y más importante ciudad de Andalucía, cuyos pobladores, después de un mes de resistencia, la entregaron huyendo á Beja (Bajah). Fueron los judíos reunidos en la ciudadela, y en la ciudad quedó de guarnición un cuerpo sacado de las tropas mismas del general, quien inmediatamente marchó sobre Mérida.

Mientras se verificaba la expugnación de esta importante ciudad, los sevillanos, asistidos por los de Beja y Niebla (Liblah) se rebelaron contra sus nuevos dominadores degollando parte de la guarnición; vino á reprimir la sedición Abdalasis, hijo de Musa: hizo sangrientas ejecuciones en Sevilla, castigó duramente á los de Niebla, que también redujo al imperio del Islam; y volviendo luego á la antigua Hispalis, es-

(1) Los escritores consultados por Conde y Cardonne refieren que trajo Musa á España 10.000 infantes y 8.000 caballos.

tableció en ella algun tiempo despues la capital del imperio muslemita occidental.

Omitirémos como agenos á nuestro propósito los singulares hechos de Musa y Tarik aunados en la rápida conquista de las provincias desde el Tajo al Ródano y desde Lugo á Barcelona, y nos fijaremos en el forzado regreso á Sevilla de los dos impetuosos generales, llamados por el inexorable mandato del califa de Damasco Alwalid. Corria el mes de Setiembre del año 713: entraban en la antigua corte visigoda del Guadalquivir las haces belicosas de ambos caudillos cargadas de un inmenso botin, y sus capitanes sin embargo inclinaban la frente al suelo como doblada al peso de la desgracia por el desagrado con que su supremo señor y árbitro miraba desde la recelosa Damasco la inaudita prosperidad de sus armas. La idea de la rebelion no habia apuntado siquiera en la mente de aquellos sumisos aunque poderosos súbditos: tanta era la fuerza del principio de autoridad y de su sancion religiosa en la infancia de aquella sociedad fanática y guerrera, que un mero precepto dictado desde tan lejos y por quien apenas hubiera tenido poder para hacerse obedecer, habia sido bastante á cortar á esas dos águilas rapaces su terrífico vuelo, haciendo á la mas fuerte de ellas retroceder al monte de Abila cuando mas se jactaba de poder realizar su grandioso sesgo por Afranc, Italia, la Iliria y Macedonia, volviendo á Siria por el Adriático y Constantinopla y volando de cumbre en cumbre desde el Pirineo hasta los Balkanes. Este pensamiento habia asaltado al fogoso Musa al verse dueño de Carcasona y Nimes y con su gente dispuesta á cruzar el espumoso Ródano (1); pero fuéle preciso renunciar á este hermoso sueño de su ambicion ante la expresa orden comunicada por Mugeith y reiterada por Abú Násr, enviado al intento desde Siria, y recoger los pendones desplegados en Narbona y Galicia encaminándose todos los expedicionarios reunidos la vuelta del Guadalquivir. Entraron pues en Sevilla precedidos de carros arrastrando lentamente el peso de inmensos y preciosos despojos, entre ellos riquisimos objetos del culto cristiano, lámparas, coronas, arás, vasos sagrados de plata y oro, utensilios de esquisito trabajo cuajados de pedrería, y la famosa *mesa* llamada *de Salomón*, de oro purisimo con profusion de perlas, esmeraldas y rubies; despojos que segun el dicho de los escritores árabes so-

(1) Lo consigna Ben Khaldun como opinion muy recibida en la corte de los Califas de Oriente. V. Almak. Cap. IV, lib. IV.

brepujaban todo cálculo por su cuantía y toda descripción por su belleza. Las huestes vencedoras y sin embargo no regocijadas, se repartieron desde allí por las fortalezas y fronteras aun no bien defendidas: dió Musa á Abdalasis las instrucciones convenientes para la conservación de la Bética y la propagación paulatina y segura del Corán por todas las otras provincias: nombró generales para los diversos cuerpos de operaciones, asignó guarniciones, y se encaminó con Tarik á la costa, desde donde juntos zarparon para el Africa. Detúvose algún tiempo en Cairwán, y al dirigirse al Oriente á dar á su soberano cuenta de su cometido, dejó el gobierno de aquella especie de Principado á su primogénito Abdallah, el conquistador de Mallorca; el de Maghreb ó Africa occidental á su hijo menor Abdulmalek; y la defensa de la costa Tingitana con sus plazas y fuertes, á otro hijo suyo llamado Abdulala. Llevóse los tesoros recogidos en su larga correría y treinta mil cristianos que habia cautivado en la guerra; pero su corazón era presa de una profunda melancolía, presagiando el mal recibimiento que le esperaba en la corte del Califa. Su hijo Abdalasis, establecido en Sevilla, gobernó el Andalucía por espacio de dos años sometiendo á la ley del Islam numerosas fortalezas y poblaciones que habian esquivado el yugo de Musa y de Tarik. Asegúrase que fué asesinado por orden secreta del Califa Suleyman, hijo de Alwalid, que cedió en esto á pérfidas sugerencias de cortesanos envidiosos. Uno de los mas graves cargos que le hacian era su casamiento con la princesa cristiana Egilona, viuda del rey D. Rodrigo, mujer de singular hermosura, que, habiendo obtenido de los sarracenos vivir bajo su dominio en el libre uso de su religion y en el pleno goce de sus bienes, sin mas que pagarles cierto tributo, permanecía tranquilamente retirada en Sevilla, donde el gobernador musulim se enamoró de ella ciegamente y obtuvo su mano. Suponian que por instigación de esta señora, tan bella como altiva, habia intentado Abdalasis revestirse de cierto prestigio de soberanía obligando á sus súbditos á inclinarse en su presencia como acostumbraban hacerlo los godos ante sus reyes. Fué guerrero valiente y experimentado, y administrador generoso y prudente. Despues de asesinado en una sedición militar, su cabeza fué enviada á Damasco para que satisfecha con su vista la venganza brutal del Califa, sirviese de torcedor al acongojado Musa, llamado á la presencia de Suleyman al recibirse el infando presente. Sucedióle por de pronto en el gobierno de España un hijo de una

hermana de Musa, por nombre Ayúb Ben Habib Al-lakmí, hasta que llegó á Sevilla el designado por el soberano para desempeñar aquel cargo, que fué Al-horr. Uno de estos dos, no se sabe quién con certeza, trasladó la residencia del gobierno á Córdoba, con lo cual perdió Sevilla mucha importancia todo el tiempo que estuvo Andalucía regida por los doce gobernadores ó Amires que siguieron á Al-horr y por los Califas independientes hasta la extincion de la dinastía de Merwán ó de los Beni Umeyas.

Cuando cundió por el oriente la noticia de que la rica provincia de la Bética quedaba definitivamente sometida á la ley del Corán, de todas las tierras habitadas por musulimes, y en particular de la Siria, acudieron á visitar la España muchos hombres ilustres de las diversas tribus árabes, dejando las tiendas y aduares de sus padres y estableciéndose luego con sus familias en las floridas orillas del Guadalquivir, del Genil y del Guadalete, donde fueron andando el tiempo origen de muy esclarecidos linages. Las nobles familias árabes que se fijaron en la tierra cuya historia y grandezas venimos bosquejando, ya en la época de la conquista, ya en el período subsiguiente, fueron principalmente de las dos famosas progenies de Adnán y Kahtán. De la primera de ellas descendieron los Ben Umeyas y los Ben Hamud; los Umeyas, que adoptando el patronímico de los *Koreishis*, fundaron el Califato Andaluz; y los Hamud, que á la caída de esta dinastía reinaron tambien por algun tiempo. De la misma sangre de Adnán fueron los Beni Zoráh, que residieron en Sevilla y alcanzaron los mas encumbrados puestos; los Beni Makzúm, que produjeron elegantes poetas y escritores, como Al-Makzumi el ciego, el famoso wazir Abu Bekr Ben Zeydún y su hijo Abul Walid, y hombres de estado eminentes. De la estirpe Koraisita era la familia de los Fehr, fecunda en doctores y teólogos afamados, y fué uno de sus vástagos mas ilustres el gobernador de Andalucía Yusuf el Fehri, en cuyo tiempo se fundó por el talento y el esfuerzo de Abderrahman Ad-Dákel el dilatado y prepotente Califato occidental. Este Yusuf, tan conocido en España, era descendiente del célebre conquistador de Africa Okba Ben Nafi Al-Fehri; y segun testimonio de Ben-Hazm, verídico registrador de las genealogías de las tribus árabes establecidas en España, los individuos de la raza de los Fehr abundaron en los varios distritos de Andalucía y casi todos alcanzaron riquezas y elevados cargos. La familia de los Kays Aylán, que reconocia asimismo

por tronco á los Beni Adnán, estaba no menos difundida: en Sevilla y los distritos comarcanos llevaban el patronímico de *Hawazeni*, y otros de la propia familia que usaban el de *Bekr* se hallaban también diseminados en Sevilla y otras ciudades principales. Sábese que otros individuos de esta sangre usaron los patronímicos de *Sadi*, *Kelabi*, *Kusheyri*, *Fezari*, *Ashjai*, etc., y que residieron en diversos puntos de España, pero no podemos asegurar que floreciesen en las poblaciones que el círculo de estas investigaciones comprende. Fueron muchas las familias que se formaron de la tribu de Ayád: una de ellas fué la de los Beni Zohr, distinguidos ciudadanos de Sevilla, la cual produjo tres excelentes médicos, confundidos en uno durante la edad media bajo el nombre genérico de Abinzohar ó Avicena. Todas estas familias derivadas del tronco comun de Adnán, se gloriaron de descender por línea recta, sin mezcla de extraños linages, del mismo Ismael.

En cuanto al otro gran tronco de los hijos de Kahtán, acerca de cuyo origen hay discordancia entre los genealogistas árabes, suponiendo algunos que no son de la pro genie de Ismael, sino de la de Húd, también produjo numerosas familias, entre las cuales y las de la sangre de Adnán se perpetuó en España toda la animosidad y el ciego encono que las dividía en Oriente. Y aun fueron más numerosas en Andalucía que las de sus adversarios, debiéndose principalmente atribuir á la pugna constante de sus intereses y aspiraciones las guerras intestinas que estallaron en el Estado Cordobés, y que después de ponerle repetidas veces al borde del precipicio, finalmente dieron con él en tierra. Aunque en general las gentes venidas de Oriente antes y después de la fundación del Califato de Córdoba, se establecieron en las poblaciones del Oeste dividiéndolas en distritos, y ocupando estos por tribus ó familias, las ciudades grandes, sin embargo ofrecían en su vecindario una completa promiscuidad de todas las familias y tribus; y así en Sevilla, juntamente con los ilustres vástagos de la estirpe de Adnán que hemos nombrado, descollaron las familias descendientes de Kahtán que se distinguían con los patronímicos de *Khaulanies*, *Lakhmies*, *Hawazanies* y otros. A los Khaulanies perteneció un famoso castillo edificado en el camino de Sevilla á Algeciras, que andando los tiempos se supuso equivocadamente haber sido propiedad del conde D. Julian. Del nombre *Khaulani* procede quizá la denominación de llano de *Caulina* que lleva todavía una dilatada extensión de tierra inculta entre Jerez de la

Frontera y Arcos. De los *Lakhmies* salieron Musa Ben Nosseyr el conquistador de tantas provincias españolas, y los Beni Abbád que fueron Sultanes de Sevilla, y los Beni Albaji y los Beni Wafid, poderosos tambien en la misma ciudad. No menos brillaron en ella los Hawazenies, morando con preferencia en los pueblos que caian á la banda de levante, y los *Belayun* y *Hadrahmies*, esparcidos principalmente en tierras de Murcia, Granada, Córdoba y Badajoz.

La mayor parte de los nobles yemenitas y sirios que acabamos de mencionar vinieron á España bajo el gobierno de Al-horr entre los años 717 y 719, si bien fué despues, imperando Abderrahman I, cuando principalmente acudieron á establecerse en Andalucía los parientes, deudos y allegados de la ilustre familia de los Umeyas. Las gentes de Siria que habian invadido la Andalucía en la época de la conquista, se distinguian de las que vinieron posteriormente con el esforzado Balaj cuando estallaron las disensiones entre los árabes y bereberes. Preponderaban los sirios cuando fué nombrado gobernador de España Abulkattár, quien para hacer menos ominoso su ascendiente en la corte de Córdoba, los repartió del siguiente modo dándoles tierras en que establecerse: adjudicó la ciudad de Elvira y su comarca al pueblo Damasceno, que hallando en esta nueva tierra cierta semejanza con su pais natal, le puso el nombre de *Shám* (Damasco); al pueblo de Emesa, ó *Hems*, dió por asiento Sevilla, que desde entonces empezó tambien á llamarse Emesa; los de Kenesrin fueron enviados á Jaen (Jayyén), poblacion que tomó asimismo el nombre de sus nuevos pobladores; al pueblo de Al-urdán cupo en suerte Málaga; Sidonia (Jerez) tocó á la gente de Palestina, denominándose de allí en adelante por el vulgo *Filistin*. Los Egipcios fueron establecidos en Tudmir, que desde entonces llamaron *Misr*, y finalmente el pueblo de Wasit recibió á Cabra y su tierra circunvecina. Advertíase desde luego en este repartimiento la consideracion gerárquica que cada pueblo disfrutaba; porque así como el Damasceno, que habia sido el preponderante mientras imperaron sin enemigos los Umeyas en Oriente, estaba ahora como oscurecido y relegado á la comarca de Elvira, el de Emesa, cuyo pendon seguia siendo siempre el segundo en las procesiones públicas de Medina, quedaba instalado en Sevilla, que, una vez trasladada la sede del gobierno muzlemita á Córdoba, era la segunda ciudad de la España árabe. Esta division de las comarcas andaluzas por razas ó tribus fué no pocas veces funesta á los

gobernadores durante las guerras civiles entre Yemenitas y Modharitas, Arabes puros y Sirios, Sirios y Bereberes, porque sometidas las poblaciones á los gefes de las mismas tribus, la animosidad ó el interés de un solo hombre de prestigio y ascendiente bastaba á levantar toda una población. Así tuvo lugar de experimentarlo el valiente y desgraciado Abulkattár, que por una ofensa hecha á un gefe de los Beni Modhar, halló su ruina en la mera alianza que hizo este con un magnate de Écija y otro de Moron, los cuales arrastraron consigo toda la población árabe de ambas ciudades.

Cuando el poder de los Umeyas empezó á decaer en Oriente, y los Califas de esta dinastía se vieron arrebatados todas sus provincias mas apartadas, la España árabe quedó abandonada á sí misma sin tener quien la rigiese y administrase con autoridad universalmente reconocida. Decidió entonces el ejército que se dividiese el imperio entre las dos facciones rivales de los Modharitas y Arabes del Yemen alternativamente, de modo que cada una de ellas gobernase el pais por un año, dejando al espirar este con toda paz y tranquilidad el mando al partido contrario. Los de Beni Modhar, á quienes tocó gobernar primero, eligieron para el efecto á Yusuf Abderrahman El Fehri (año de 746); pero cuando espiró el año convenido, rehusó este entregar el mando á la facción rival. Los Yemenitas, que residían en un arrabal de Córdoba llamado Secunda, se prepararon á apoderarse del gobierno por medio de la fuerza; mas los Modharitas, apercibidos de sus intentos, los acometieron de improviso en sus viviendas y pasaron á cuchillo á la mayor parte de ellos. Muchos defendiéndose heroicamente vendieron caras sus vidas; no obstante sucumbió por entonces todo el partido, y el mismo Abulkattár que era su principal caudillo cayó en manos de la facción vencedora, que inmediatamente le mandó degollar. Yusuf El Fehri se mantuvo en el poder usurpado por espacio de nueve años, triunfando de las enemistades y asechanzas de los otros gefes que intentaron disputarle el mando, entre los cuales se señalaron el gobernador de Narbona, de cuyo poderoso brazo le libró el puñal de un traidor; el partidario Orwah Ben Walid, que auxiliado por los cristianos y otras gentes, levantó el estandarte de la rebelion en Beja y en Sevilla, y á quien derrotó y dió muerte; el guerrillero Amir Al Abdari, que se levantó en Algeciras, y á quien tambien rindió; otro caudillo árabe, Amru Ben Yezid Al Azrak, que amotinó á Sevilla, en breve reducida á la obe-